

su Dios, era un paso que daba hácia la boca del abismo. Dios la alcanzó cuando llegaba á su boca; Dios la alcanzó el 24 de febrero, el dia de la grande liquidacion, el dia de los grandes anatemas. ¿Qué sucedió entonces, señores? ¿Qué sucedió? Que ese pueblo desvanecido con su poder, embriagado con su riqueza, loco con su industria, vió abismarse juntamente su industria, su poder, y su riqueza en el gran diluvio republicano. Todo, señores, todo acabó allí; el gran pueblo y el gran rey: el obrero y su obra.

Vea el Congreso á donde van á parar las cosas cuando tan solo se mira á los intereses materiales; los pueblos que les rinden culto, se quedan, señores, en la indigencia; se quedan sin nada; sin los morales, porque los rechazaron; sin los materiales, porque la revolucion se los quitó.

Pues bien, señores, volved los ojos á esta nacion sin ventura, ved los trances por donde ha pasado, el trance en que está y el trance que la aguarda.

La Reina legítima de España (y cuenta, señores, con esta palabra, porque esta palabra vá á servir de acusacion al ministerio) la reina de España fué declarada mayor de edad, despues de un gran levantamiento que habia sucedido á grandes trastornos y á grandes revueltas: desde entonces acá, casi unos mismos hombres han gobernado esta nacion; estos se creyeron flacos, á pesar de que obraban en nombre de la legalidad, se creyeron flacos para atacar de frente la corrupcion y la perversion de las ideas, fruto amargo de las revoluciones. ¿Qué se propusieron los ministros de la reina legítima de España? Desconfiaron de sí, como si no obraran en nombre del alto y poderoso prestigio de una reina legítima; desconfiaron de sí, y no se propusieron otra cosa, sino sacar á salvo del naufragio universal el órden material y los intereses materiales. Y fuerza es confesar que en esto fueron tambien dichosos á su manera: en poco tiempo vencieron cuatro insurrecciones formidables: la de Galicia, la de Madrid, la de Sevilla, y la de Cataluña.

Vencida la insurreccion aquí como allá, una fiebre industrial y mercantil incendió nuestra sangre que, tanto como española, es sangre africana; el ministerio, en vez de combatir este ataque de

fiebre violenta, se dejó dominar él mismo por la furiosa calentura; y al tiempo mismo que recibía, propagaba el contagio. Entretanto la corrupcion y el error fueron creciendo y propagándose lenta y calladamente. Hoy dia, señores, todas esas cosas, corrupcion, error, fiebre industrial han llegado á su apogeo.

Ahora pregunto yo; ¿cuál será el desenlace? ¿Cuál será el fin? Yo no lo diré: que me falta el corazon y el ánimo para ello; pero ya lo adivinan sin duda con pavor los señores diputados. Una objecion, sin embargo, puede oponerse. En Francia, se dirá, habia detrás del trono falanges socialistas, y en España no las hay. ¿Y qué diriais, señores, si os asegurára yo; (y ojalá sea desmentido por la esperiencia!) que el pais del socialismo no es la Francia, sino España? No olvidemos, señores, que aquí, cuando manda un partido, no parece sino que él solo vive, y que á ninguno de los demas se le encuentra por la calle; y sin embargo, cuando el partido vencido sube al poder, parece que lo llena todo, que lo ocupa todo, que él solo vive en España; así no es extraño que no veamos á los socialistas: pero escuchad, y meditaad sobre lo que voy á decir.

El socialismo debe su existencia á un problema, humanamente hablando, insoluble. Se trata de averiguar cuál es el medio de regularizar en la sociedad la distribucion mas equitativa de la riqueza. Este es el problema que no ha resuelto ningun sistema de economía política. El sistema de los economistas políticos antiguos iba á parar al monopolio por medio de las restricciones. El sistema de los economistas políticos liberales va á parar al mismo monopolio por el camino de la libertad, por el camino de la libre concurrencia, que produce fatal é inevitablemente ese mismo monopolio. Por último, el sistema comunista va á parar al mismo monopolio por medio de la confiscacion universal, depositando toda la riqueza pública en manos del Estado. Este problema, sin embargo, ha sido resuelto por el catolicismo. El catolicismo ha encontrado su solucion en la limosna. En vano se cansan los filósofos: en vano se afanan los socialistas: sin la limosna, sin la caridad no hay, no puede haber distribucion equitativa de la riqueza. Solo Dios era dig-

no de resolver ese problema, que es el problema de la humanidad y de la historia.

Después de la revolución de febrero, los comunistas que se reunían en el Luxemburgo á las órdenes de Luis Blanc, con un instinto seguro, como lo tienen todos los partidos cuando se trata de sus negocios, pidieron un ministerio especial, que resolviera este problema inmenso: porque decían, y en esto no andaban errados: «Un problema tan grande necesita tener un ministerio especial que le resuelva.» Su error, empero, consistió en creer que ese ministerio no existía: y ese ministerio no estaba vacante: ese ministerio venía desempeñándose, diez y nueve siglos ha, por la Iglesia católica.

La Iglesia, señores, es admirable para todo; pero lo es principalmente para servir de medianera entre los pobres y los ricos, por participar de la naturaleza de los unos y de los otros: participa de la naturaleza de los pobres, porque no tiene nada suyo, y todo lo recibe por amor de Dios; participa de la naturaleza de los ricos, porque los ricos, en otras edades, por amor de Dios se lo dieron todo. ¿Y qué cuenta ha dado la Iglesia de ese santo, de ese incommunicable ministerio? Juzgado vosotros por vosotros mismos, señores. En la gran clase menesterosa, hay una zona superior, una zona media y una zona ínfima; como en las clases superiores, hay una aristocracia, hay una clase media, hay una plebe; la aristocracia de la miseria está compuesta de colonos; la clase media, de obreros; la plebe, de mendigos. Pues bien, la Iglesia dió á cada una lo que cada una necesitaba: á los colonos les dió tierras, y los hizo propietarios; para los obreros sembró de monumentos la Europa; para los mendigos tuvo pan, y á ninguno dejó morir de hambre.

En donde más resplandeció la caridad de la Iglesia, fué, señores, en España. España ha sido una nación hecha por la Iglesia, formada por la Iglesia para los pobres: los pobres han sido en España reyes. Los que eran colonos, tenían tierras perpétuamente con un censo ínfimo, y eran en realidad propietarios. Todas las fundaciones piadosas que había en España, eran para los pobres. Los jor-

naleros tenían con que dar pan á sus hijos con los jornales que ganaban en los gloriosos y espléndidos monumentos de que está llena la España. ¿Qué mendigo no tenía un pedazo de pan, estando abierto un convento?

Pues bien, señores: la revolución ha venido á trastornar todas las cosas: con el despojo de la Iglesia subió la renta de la tierra; con la supresión del diezmo hubo una nueva y más alarmante subida. De esta manera, el movimiento de ascension que imprimió el catolicismo á las clases menesterosas, ha sido convertido por la revolución en un movimiento contrario, en un movimiento descendente: los colonos oprimidos por la renta enorme que pagan, pasan en tropel, de la clase á que pertenecen, á la clase media de los obreros. Los obreros á su vez, con el gran aluvion de colonos que les viene, van pasando continuamente á la plebe, compuesta de mendigos: los mendigos, por último, acaban sus días de miseria y de hambre. ¡Ved ahí, señores, por un lado, la obra de la revolución; por otro, la obra de la Iglesia!

Las cosas entre nosotros han venido hoy á punto, que la sociedad, antes unida en union santa y dichosa, está dividida en dos clases, de las cuales la una puede llamarse vencida, y la otra vencedora; aquella que ha sido favorecida por la suerte, tiene por divisa y por lema: «Todo para los ricos.» ¿Cómo quereis, señores, que esta tésis no engendre su antítesis, y que la clase vencida no esclame á su vez en son de guerra; «Todo para los pobres!» Hay, pues, señores, entre las clases de la sociedad (y el gobierno ni lo sospecha siquiera, ni lo ha estudiado siquiera, aunque tiene obligación de estudiarlo y saberlo) hay, digo, entre todas las clases de la sociedad una guerra latente, que en el estado contagioso que tienen ciertas ideas de Europa, llegará á ser á la primera ocasion una guerra declarada.

Yo, señores, á pesar de mi amistad, que es íntima, hácia los ministros de S. M., no he podido menos de declararme en disidencia con ellos; porque, señores, al punto de exageracion á que están llevando su sistema de orden material y de intereses materiales, tengo para mí que se ha hecho inevitable una catástrofe, que ha de

venir forzosamente, si es que no faltan aquí por primera vez las leyes eternas de la historia.

Yo no sé ni cómo vendrá ni cuando vendrá; pero sé que Dios ha hecho la gangrena para la carne podrida, y el cauterio para la carne gangrenada. El ministerio se encuentra todavía en tiempo de elegir entre dos caminos. Puede seguir el camino que hasta aquí, y entonces nada tengo que decirle: ó el que acabo de indicarle. Si acepta este último, por su fortuna y la nuestra, es necesario que haga todo lo que hasta aquí ha dejado de hacer, y que no haga todo lo que ha hecho; es necesario que se resuelva á oponerse con todas sus fuerzas á la corrupcion; que la combata y que la venza, ó que sucumba; es necesario que no edifique teatros, siquiera hasta que ponga puntales á los templos que se desploman: es necesario que ponga orden y concierto en las rentas públicas. Pero es necesario tambien que el ministerio entienda que no basta eso; que es necesario sobre todo poner un freno á los apetitos, poner un freno á las concupiscencias.

Es necesario que si quiere la dictadura, la proclame y la pida; porque la dictadura, en circunstancias dadas, es un gobierno bueno, es un gobierno excelente, es un gobierno aceptable; pero, señores, que se pida, que se proclame; porque sino, estaremos entre dos gobiernos á la vez: tendremos un gobierno de hecho, que será la dictadura, y otro de derecho, que será la libertad; situacion, señores, la más intolerable de todas; porque la libertad, en vez de servir de escudo, sirve entonces de celada.

«Y no se diga, señores, que pido mucho: bien sé que es cosa dura exigir de un ministerio que, cuando la codicia se levanta y le dice:—«comprame, que me vendo»—responda—«no te conozco»—que cuando el espíritu de pandillage y de intriga le dice:—«sígueme; que el poder está en mis manos»—quede inmovil, cerrando sus oidos al canto de la sirena: que cuando el miedo le dice:—«asustame, y me verás á tus plantas»—no caiga en la tentacion de dar un susto al medroso: que cuando todas las malas pasiones, por poco que sea complaciente, le ofrecen la dominacion y el imperio, quite su imperio y su dominacion á todas las malas pa-

siones. Sin duda, señores, esto sería mucho exigir si se exigiera al que ha nacido para obedecer, y está contento con no hacer sino aquello para que ha nacido: pero no es mucho exigir cuando se exige de los que aspiran á la honra alta, pero peligrosa de ser gobernadores de los pueblos; la carga se proporciona á la honra; y cuando esta es altísima, justo es que aquella sea no solo peligrosa, sino grave: lo demas sería, señores, el mundo al revés. El Ministerio público no es una sinecura: su nombre lo dice; es un servicio, y un servicio penoso. Gobernar no es ser servido; es servir: no es gozar; es remar, y vivir y morir, puesta la mano en el remo. A ese precio lo ha de ser el que quiera ser ministro, y solo los que lo son á ese precio, lo son verdaderamente. ¿Cuántos ministros creéis que ha habido en esta época en España?—La GACETA dice que muchos; y yo sostengo que ninguno: porque ser verdaderamente ministro, no es solo recibir de la ley esta denominacion; es ademas y sobre todo, ser aceptado como ministro por la historia. Pues bien; yó os digo que ninguno de los que lo han sido hasta aquí, será aceptado por la historia sin protesta.

«Uno creí yo que habia nacido para mas alto fin por sus grandes calidades; y porque lo creí, puse en él todas mis esperanzas y todas mis ilusiones; ilusiones y esperanzas, que se han llevado los vientos. Todos adivináis, sin duda, que hablo del duque de Valencia. Voy á hablar de este personage, señores, que bien lo merece, en vuestra presencia, con la reserva de un contemporáneo, pero con la imparcialidad de la historia. El duque de Valencia es un gran soldado y un hombre de grande entendimiento, servido unas veces, y otras mandado por grandes pasiones. El duque de Valencia alcanza á fuerza de inspiracion y de genio lo que los otros no alcanzan á fuerza de estudio: esto es tan cierto, señores, que dudando yo muchas veces (perdonad, señores, á un hombre que es estudiante toda la vida) dudando, digo, muchas veces si vosotros me entendeis, no se me ha ocurrido nunca dudar si me ha entendido el duque de Valencia. Y sin embargo, señores, siendo tan grande como es su entendimiento, es mucho mayor su actividad todavia; el duque de Valencia es un hombre

» que entiende; pero, sobre todo, es un hombre que obra ¿qué digo, que obra? es un hombre que no deja de obrar en ningun tiempo, ni cuando vela, ni cuando duerme: por un fenómeno menos extraordinario de lo que á primera vista pudiera pareceros, esa actividad, que es la que acelera su muerte, es la que le conserva la vida. Teniendo que andar su entendimiento al compás de su actividad, el duque le tiene prohibido que se pare, es decir, que reflexione; y le tiene mandado que improvise: el duque es, por consiguiente, un improvisador universal; y todo el que le interrumpe y le hace perder el hilo de su improvisacion, es su enemigo. Por esto, su mayor enemigo es el tiempo, que resiste de una manera persistente y tenaz á todas sus improvisaciones. El duque dice, por ejemplo: «que haya Marina»; y el tiempo dice: » para eso necesitas de mí; porque necesitas que haya Hacienda: para que haya Hacienda, es menester que la riqueza se aumente; y para que esto se verifique, es menester dejarme obrar á mí, que soy ministro de Dios, servido por otros ministros mas poderosos que los de los Reyes, que llevan por nombre los años. » El duque replica; « ahora lo veremos » y manda á la Marina que sea: y la Marina es. Pero la cuestion consiste en averiguar con qué se ha de mantener esa Marina, siendo evidente que nos hemos de quedar sin duque, sin Marina y sin Hacienda. En otra ocasion, poniendo los ojos en un sujeto que nadie conoce, pero que le sirve admirablemente por cálculo ó por celo, se dice á sí propio: « ¿Porqué no haria yo de este sujeto un gran personage? » — el tiempo le responde— « por una razon muy sencilla: porque para eso, como para todo, necesitas de mí; porque del que tú quieres hacer un personage, no he hecho yo mas que un sujeto, sin haberme atrevido todavía á hacer de él una persona. » — El duque, sin embargo, no retrocede; toma á su sujeto, y le hace, digo mal, le viste de personage. La cuestion, sin embargo, lejos de estar con esto resuelta, no está ni siquiera iniciada, porque entonces sucede, que los que son personages por obra de Dios, y no por obra del duque, se quejan de que les ha robado sus ropas para vestir á su sujeto; mientras que todos los sujetos de la nacion acuden á él diciéndole: « si so-

» mos sujetos como ese ¿porqué no hemos de vestir como él esas mismas vestiduras? » — Y de aquí, señores, esas dos falanges con que tiene el duque que combatir; una de ódios, y otra de concupiscencias. Yo sé que aun en esta situacion halla recursos, y que aun para este mal tiene remedios: porque la Europa se engaña si cree que el duque es solo ó principalmente un gran capitán: el duque de Valencia es eso; pero es ademas, y sobre todo, el hombre mas amaestrado de Europa en el delicadísimo arte de las mas delicadas seducciones: á mí me ha seducido veinte veces con un saludo. En ese talento especialísimo y eminente es en el que confia para ir contentando, sin saciarlas, á las concupiscencias, y para ir mitigando, sin extinguirlos, los rencores. Pero aplazar las cuestiones no es resolverlas; y todo el talento del duque basta apenas para aplazarlas: dia vendrá, y ese dia se viene á mas andar, en que cayendo sobre él todas juntas, le intimen la rendicion ó la muerte. »

« Esa actividad inquieta y devorante; ese estado de insurreccion permanente contra la lentitud de los tiempos ha perdido al duque de Valencia. Ni en España ni en Europa hay una persona mas vencida que él, de que el orden material es nada sin el orden moral; y de que el primero no es otra cosa sino el plazo que da la Providencia á los gobernadores de los pueblos para que restauren el segundo: ninguno está mas persuadido que él, de que los bienes que se llaman por mal nombre *positivos*, es decir, los materiales, nada son sino van juntos con la restauracion de aquellos principios eternos que son como los fundamentos de las sociedades humanas. Pero esta restauracion es lenta; tan lenta, que los hombres de Estado de mas larga vida y de mas grande laboriosidad se ven reducidos á escoger entre comenzarla, seguirla y acabarla; pues ninguno la comienza, la sigue y la acaba por sí solo. No parece sino que Dios ha querido mostrarnos por aquí que esa hazaña es superior á la grandeza individual de los hombres. Si el duque de Valencia hubiera podido conseguir esa restauracion con un decreto, ese hubiera sido el primero (debo hacerle esta justicia) que hubiera propuesto á S. M. y que hubiera enviado á la GACE-

»TA. Pero en esto las improvisaciones son de todo punto imposibles:
»el hombre no hace mas que sembrar: Dios da despues á lo sem-
»brado la fecundidad y el crecimiento. En los intereses materiales,
»aunque en realidad no es mayor, se ve mas la accion del hombre:
»por eso seducen con una seduccion irresistible al duque de Va-
»lencia.»

«En suma, señores; del ministerio presidido por el duque de Va-
»lencia, dirá la posteridad que es un ministerio funesto, presidido
»por un hombre eminente. Yo no soy, diciendo esto, sino el re-
»presentante de la conciencia humana, y el eco anticipado de las
»generaciones futuras.»

Señores, puede creerme el Congreso (porque si yo pecho de algo,
es de demasiada franqueza) y pueden creerme los señores minis-
tros: si yo me he levantado hoy, ha sido menos por hacer una ope-
sion de muerte al ministerio, que para satisfacer mi conciencia;
para decir que yo no apruebo el sistema que se sigue. Si me he le-
vantado, señores ministros, ha sido para conteneros en el camino
de perdicion, y por el que nos vais empujando á todos y á la nacion
española.

Yo no sé, señores, si estaré solo; es posible que lo esté; pero
solo y todo, mi conciencia me dice que soy fortísimo; no por lo que
soy, señores diputados, sino por lo que represento. Porque yo no
represento solo á 200 ó 300 electores de mi distrito; ¿qué es un
distrito? ¿qué son 200 ó 300 electores? Yo no represento solamen-
te á la nacion: ¿qué es la nacion española, ni ninguna otra, consi-
derada en una sola generacion, y en un solo dia de elecciones ge-
nerales? Nada. Yo represento algo mas que eso; represento mucho
mas que eso; yo represento la tradicion, por la cual son lo que son
las naciones en toda la dilatacion de los siglos. Si mi voz tiene algu-
na autoridad, no es, señores, porque es mia; la tiene, porque es
la voz de vuestros padres. Vuestros votos me son indiferentes. Yo
no me he propuesto dirigirme á vuestras voluntades, que son las
que votan, sino á vuestras conciencias, que son las que juzgan; yo
no me he propuesto inclinar vuestras voluntades hacia mí; me he
propuesto obligar vuestras conciencias á estimarme.

BOSQUEJOS

HISTÓRICO-FILOSÓFICOS.